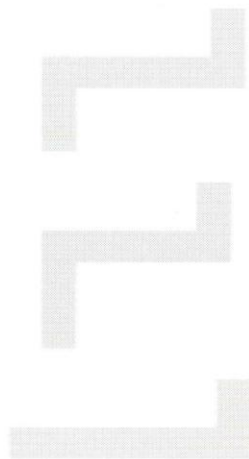


JUAN CARLOS
MÉNDEZ GUÉDEZ

a Michael Penfol

LA RES PIRA CIÓN DEL POE MA



El momento para que nuestra intimidad reconozca el espacio de lo externo es el que deriva de la respiración. El aire que recorre los pulmones y nos acaricia o nos agrade con el recuerdo de sus olores, significa el preciso instante en que el mundo, la sombra fragante de los árboles, las calles, la piel, penetra en nosotros como una señal tangible. Allí reconocemos el sudor de la tierra, integramos su corporeidad.

No extraña entonces que las primeras respiraciones experimentadas por el autor de la Valencia venezolana Eugenio Montejo, produjeran en él, la ansiedad humilde por descifrar las señales del espacio externo. Durante la infancia del poeta

Valencia permanecía atravesada por la intensidad de un aire yodado que entraba por la zona de Bárbula y que ofrecía en su aderezado

esplendor la presencia de un misterio por descubrir.

Desde esta inicial experiencia creo advertir la relación de Montejo con eso que él mismo ha llamado la terredad. El aire valenciano ofrecía una perspectiva del mundo en el que éste insinuaba lo que no estaba superficialmente a la vista. Aquella brisa con sus destellos de yodo, hablaba de un mar invisible, una señal azul que aguardaba como una lejana promesa de espuma y de sal.

De allí que el mundo en la poesía de Montejo sea la aparición continua de algunos elementos: árboles, pájaros, ciudades, puertos, en los que la voz poética cree advertir la señal de otro espacio, de otra forma de permanencia sobre la tierra.

Con semejantes elementos y materiales, Montejo reitera este motivo en su más reciente poemario: *Adiós al siglo XX*. Aquí encontramos la consolidación de un universo lírico en el que reaparecen las viejas obsesiones de libros anteriores: "Soy el mismo de ayer que siempre he sido / el que llamó a la puerta de setiembre / al ver sus hojas de oro. Y recorrió Manoa / sobre el caballo errante de sus muertos. / El que hablaba en secreto con los árboles / y amó Islandia de lejos, sin conocerla". Pero la reafirmación de este espacio verbal montejiense, no significa la repetición de una escritura, sino por el contrario, es muestra de la artesanal paciencia de quien profundiza formas esbozadas en la piedra hasta reafirmar las líneas y relieves trazados sobre ésta.

Tal circunstancia no puede resultarnos extraña desde el mismo momento que reconocemos en Montejo una paciente contemplación de la materialidad del universo. Contemplación de la cual tiene que derivar la insistencia, la calma, la quietud de una mirada que no pretende para sí misma el logro de la amplitud sino el de la profundidad: "Hace calor en Guigue ahora, / un calor recio que se queda temblando / en los juncos de aire. / La luz que cae invicta allá en la sala / en una columna transparente / en donde flota el polvo de los gestos / con que se abanica los retratos".

Lo que más impresiona en esta coherencia interna que *Adiós al siglo XX* establece en relación con el resto de la obra de Montejo es su inquietud por leer el mundo, descifrar sus señales, sin que esta motivación tenga alguna posibilidad de éxito. "No pude separar el pájaro del canto. / Oí murmullos, ráfagas, acordes, / gotas de oráculo amarillo, / cosas indescifrables; anoté cuanto pude sin espantarlo". Una vez más aparece la palabra anotado como eje en torno al que gira la observación del mundo. Para Miguel Gomes



este vocablo es definitorio de una actitud pasiva de Montejo ante lo externo; actitud en la que subyace la evidencia de que la voz poética basa su expresión en un original preexistente y fracasa al intentar traducirlo a las palabras.

Pero más que reafirmar las señales de identidad que críticos como Guillermo Sucre, Rivera o el citado Gomes, han definido en la obra de este autor, *Adiós al siglo XX* introduce una contradicción interesante en la poesía montejiense: la presencia de Dios (1). A diferencia de poemarios anteriores, en los que la posibilidad de un ser supremo era colocada como una instancia condicional, en este libro encontramos un par de poemas en los que existen acciones o circunstancias que derivan de un Dios. Así lo distinguimos en los versos iniciales del texto titulado "En el pabellón de prematuros": "Cayeron de algún salto de Dios, / sin otro grito que el deseo de ver el mundo, de acompañarnos en el tiempo de la tierra /". Igualmente sucede en el poema, "El inocente": "Dios me movió los días uno tras otro / dio vueltas con sus soles hasta paralizarme / como un gallo ante un círculo de tiza".

Este Dios no guarda relación con la deidad judeocristiana que conocemos: regentora del orden, dominante, onnisapiente. Tampoco posee semejanzas con el Dios que respira en los poemas y ensayos de otro autor venezolano como Armando Rojas Guardia: "Dios no atropella con decretos, no siente celos del hombre y por eso mismo no lo aplasta, no es poder extrínseco y alienante, no significa disminución de la fuerza vital humana, no estorba cuando reímos o gozamos (él nos enseñó a hacerlo, somos su imagen)"; y mucho menos con los trazos literarios de San Juan de la Cruz: "Esta vida que yo vivo / es privación de vivir; / y así es continuo morir / hasta que viva contigo. / Oye, mi Dios, lo que digo, / que esta vida no la quiero; / que muero porque no muero". El Dios de los textos montejienses es un elemento de disturbio, es una intervención desafortunada que impide al personaje de estos escritos poéticos establecer una relación armónica con el mundo. De igual manera, la presencia de esta deidad resulta presentada con un sentido de diferenciación, con una distancia que niega la posibilidad de una identificación entre ella y el yo lírico que protagoniza los poemas. Pero el solo hecho que la mención de su presencia no aparezca diluida por la duda de un sí condicional o de una advertencia (si es que existe un Dios) como en los libros anteriores, indica la asunción de una suprarrealidad que entorpece la lectura de las señales del universo material. De tal manera que a la dificultad impuesta por una visión miope del entorno, se suma el dolor de encontrar la descolocación producida por una fuerza ubicada en un plano distinto al humano.

(1) Esta presencia de Dios no necesariamente remite a una divinidad "real" pero expresa una mayor consistencia a la manifestada en las otras referencias de este tipo que existen en la poesía de Montejo.

Sin embargo, el texto que cierra *Adiós al siglo XX* retoma la visión presente en trabajos como *Algunas palabras*, y una vez más, la expresividad del poema es colocada en el territorio de la ambigüedad, envolviendo dentro de ésta la idea de Dios anteriormente esbozada. Es así como este último texto intenta borrar los anteriores, al punto de negar el espacio de la palabra y de la tierra, atrapándonos con su significativo desaliento y escepticismo: "Y al fin de todo, si algún fin existe / no quedarán palabras, son inventos / del hombre iluso que inventó la tierra... ni la nada tampoco que fue invento de Dios / ni el mismo Dios que es invento del tiempo". Este último poema, retoma todos los anteriores y los niega, dejando que el lector flote en la corriente de un sinsentido que se expresa en la reiteración de un último verso: "que fue inventado también por otro invento / que fue inventado también por otro invento / que fue ..."

II

En manos de ciertos autores el poema adquiere una especial vitalidad. La poesía de Montejo se reconoce entre otras razones por la respiración que descubrimos en sus versos. Dosificación de las pausas, de la energía, irrupción del espacio externo en el interno. Una corriente de aire administrada con virtuosismo recorre esta escritura y facilita que de ella surja la nitidez y el brillo de una voz. De allí que el lector repita en su contacto con estos poemarios la armonía perfecta de versos concebidos con similitud rítmica, de versos distribuidos con una semejanza espacialidad, en una expresión escrita que no acepta los requiebros o los balbuceos de la frase. Pero la respiración del último poema de *Adiós al siglo XX* introduce una nueva manera de oxigenación del texto montejiense. Esa repetición ya reseñada, esos puntos suspensivos que indican que el poema permanece girando en el vacío semántico de su propia reiteración, "que fue inventado también por otro invento / que fue inventado también por otro invento / que fue ..." evocan el silbido cortante del asma, el flujo insistente, repetido e inútil del aire cuando no logra penetrar el cuerpo. Aquí percibimos una ruptura con la armonía respiratoria de todos los poemas anteriores de este autor. La ausencia, la negación de Dios y de las palabras, el descubrimiento abrupto (el reencuentro más bien) de la sensación de fracaso que produce el fin de este siglo, lo conduce a experimentar en sus escritos una desconocida sensación de ahogo, una voz que pierde su afinación y esplendor en el reconocimiento de su propia falta de sentido.

Algo así como si se reuniera en esa última y definitiva frase la asfixia de todos los adioses, de todos los tiempos y los aires perdidos.

Eugenio Montejo: Tres poemas de *Adiós al Siglo XX*

EL INOCENTE

A José Bento

Dios me movió los días uno tras otro,
dio vueltas con sus soles hasta paralizarme
como un gallo ante un círculo de tiza.
Me quedé inmóvil viendo girar el mundo
en esferas errantes y volátiles
aquí en mi cuerpo y afuera entre las cosas.
Cambió de casas la ciudad, de calles,
y entre las calles el rumor de las voces
como si cada ser no fuera sino ausencia.
Mudó mi rostro, el tiempo de mi rostro,
pero continué impávido en el centro
con el desamparo de una estatua
que ignora las grietas de sus piedras.
Jamás di un paso,
nunca empujé mi vida hacia la muerte.
Fue Dios el que movió todos mis días,
la redondez de Dios que no da tregua.

CANTO LACRADO

A Homero Aridjis

No puede separar el pájaro del canto.
Oí murmullos, ráfagas, acordes,
gotas de oráculo amarillo,
cosas indescifrables;
anoté cuanto pude sin espantarlo.
Me detuve abstraído ante sus ecos
sin indagar si modulaba un son antiguo
o si su voz se contamina
en esta hora llena de máquinas.
Lo oí después, lo seguí oyendo muchos días,
otro o el mismo, ya no supe, un canto
lacrado entre los pliegues de los aires.
Ignoro aún si trasmutaba en su inocencia
ruidos de goznes, pernos, hélices,
el zumbido de los taxis que van y vienen.
Ignoro si inventaba o traducía.
Sólo anoté una raya de su sombra
sin apartarla de las alas.

VISIONES I

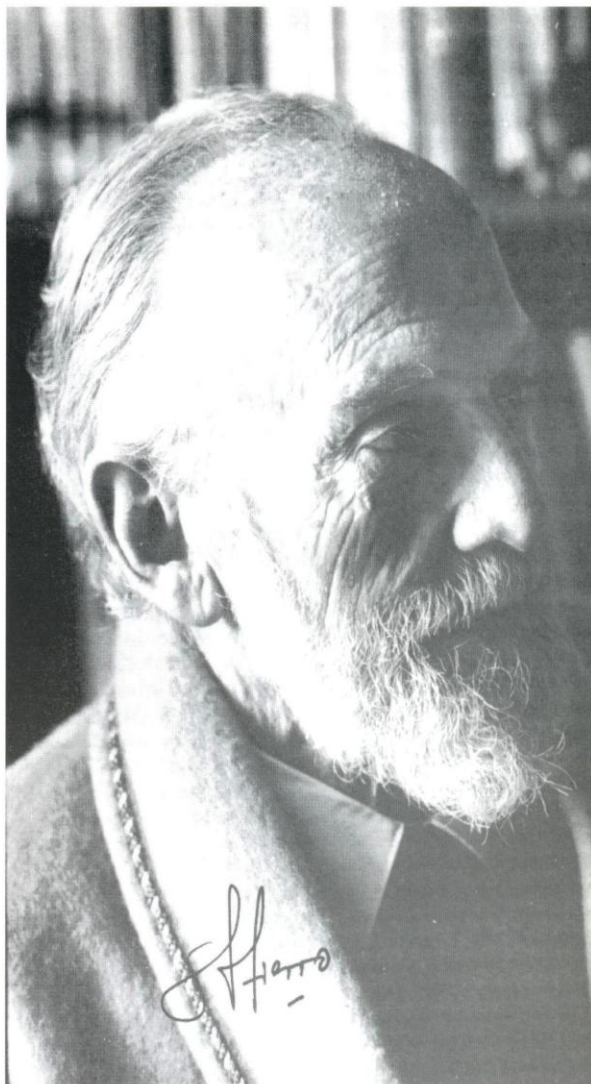
El grito de su cuerpo en el espejo,
de pies en el alba, tatuado sobre el día,
la sorprendió desnuda.
Ya era mujer (o casi).
Ardía su luz palpable.
La tocaba: eran pétalos.
Miró en sus senos dos anillados bultos
de serpiente dormida.
No quiso despertarla.
la única flor que hablaba
en la azogada tiniebla del reflejo
susurraba unos versos isabelinos.
El paraíso era verdad (o casi).
Atónita miraba su cuerpo ya hecho un barco
que, mar adentro, llamándola, partía.



Carlos Pinto Grote: Poemas del libro inédito *A solas, sin testigo*

Siempre que cuentes con el alto cielo,
con un aire que pase, con un soplo
donde la nube encuentre su camino
y el mar extenso, entre la orilla pura,
abra su corazón de blanca espuma
a las rosadas manos de la aurora,
podrás decir que vives en el mundo
donde los hombres ofrecieron grandes
hecatombes a Júpiter Tonante,
lecho a Venus, caminos a Mercurio,
inteligencia a Palas Atenea,
los sueños a Morfeo y semejanza al hombre
de un Olimpo total. Tu gran ventura
durará todo el tiempo que la muerte
olvide tu canción de la esperanza.

Carlos Pinto Grote nace en La Laguna (Tenerife). Su obra poética: *Las Tardes o el Deseo* (1954), *Las Preguntas al Silencio* (1956), *Cantatas* (1984), *La Trampa de la noche* (1989) y *Tienda de antigüedades* (1997). De su obra en prosa destacar el libro de cuentos *Objetos de desván y trajes de pasamanería* (1986). Ensayos: *Juan Ismael. Ocultaciones* (1992). Destacan, entre otros muchos galardones, el Premio Canarias de Literatura 1991. En *Notas para una poética*, el escritor dice: *Desde que comencé a escribir poesía,...Lo que realmente me interesaba era el descubrimiento del mundo poético por medio de la palabra.*



Carlos Pinto Grote:
Poemas del libro inédito
A solas, sin testigo



Cuando estés ante el brillo de la aurora
no te dejes llevar por lo que tu corazón señala.
Medita, en el recóndito gabinete, la razón de tu asombro,
el giro de la esfera,
la elipse sideral que señala la historia de los astros
y su simple armonía.

Fríamente, pero también con amorosa desazón,
pregunta por ti mismo,
contemplador del habitual suceso
y recoge las mudas enseñanzas del amplio acontecer
que vuelve y volverá a la espiral del tiempo.

Sereno ya, la puerta de los días, sobre su gozne firme
se abrirá para ti.

Tienes, ante los ojos, la verdad del instante.

La ventana entornada.
Esa luz que no es luz,
en la oscura madera se refleja
dorando el gabinete
que parece más fresco en el estío.

Aquella tarde antigua
apareció despacio en la ventana
llenándola de olor a mar,
de una brisa sin nombre, de la quietud
y de la tarde misma
que venía otra vez,
anticipando la clara noche
y el tiempo que se fue sin advertencia.

Desde la orilla del amor,
alguien nos llama.

De cuanto fuimos, en aquella extensión,
la tarde parecía tan larga, inacabable y pura,
solo queda la mirada distante,
con otra luz más lenta.

Siempre,
el vano intento de volver,
recoge los ausentes encuentros,
las canciones que traen desde el olvido
aquel desasosiego, la soledad abierta hoy,
como una ventana
que diera a la madrugada del amor.

Todo se aleja.
Y camina hacia el lugar donde la memoria advierte
que no hay tiempo
para decir tu nombre.